

CAPITULO CXXIX.

Efecto que produjo el motin en la corte.—Resolucion tomada por el Monarca.

El espanto y la consternacion reinaban en Madrid. En palacio se celebraba, á presencia del Monarca, un gran consejo para acordar lo que convendría hacer en tan críticas y graves circunstancias.

El duque de Arcos, jefe de una de las compañías de Guardias de Corps; el conde de Gazzola, italiano y comandante general de artillería, y el conde de Priego, teniente general y coronel de guardias valonas, opinaron porque se hiciera uso de la fuerza y del rigor contra los tumultuados, acuchillándolos si era menester, ó ametrallándolos si era preciso, trayendo artillería, á fin de restablecer cuanto antes el orden.

De contrario sentir fueron el marqués de Sarriá, benemérito y anciano general; el conde de Oñate, mayordomo mayor del Rey, á quien S. M. quiso oír, aunque no era militar, y el de Revillagigedo, capitán general y presidente del Consejo de Guerra.

Estos tres últimos opinaron por el sistema de clemencia y de perdón, y aconsejaron al Rey que diera satisfaccion al pueblo, porque eran fundadas sus quejas y justas sus reclamaciones contra las demasías del marqués de Esquilache, y antipopular y ofensiva su providencia de las capas y sombreros, y áun el primero de estos personajes habló en este sentido con tanta energía, que puesto de hinojos á los pies del Monarca, y casi con lágrimas en los ojos, le manifestó que antes se despojaría del bastón y de todos sus honores y los dejaría á sus plantas, que consentir por su parte y con su voto en las medidas de rigor que se proponían.

Otó el Rey por el dictámen de los tres últimos, por ser el más generoso y que más se conformaba á sus sentimientos de clemencia, y mandó que se dejase entrar en la plazuela de Palacio á cuantos quisiesen.

Primeramente salieron los duques de Arcos y de Medinaceli, escoltados por Guardias de Corps, á calmar la irritacion del pueblo, ofreciendo á nombre de S. M. que les sería concedido cuanto pedían; mas como indicasen ser necesario cierto plazo para esta concesion, la voz de los nobles emisarios se vió ahogada por los gritos de la muchedumbre, que exigía hubiera de ser en el acto ó habia de arder Troya aquella misma noche.

Viendo la ineficacia de este medio, acudióse á otro más ingenioso.

Había en el convento de San Gil una especie de misionero popular, que acostumbraba á predicar en las plazas, llamado el padre Cuenca.

Este religioso se presentó á los amotinados con una corona de espinas en la cabeza, una soga al cuello y un crucifijo en la mano, y comenzó á exhortarlos, mas viendo el giro que daba á su discurso: *Dejese de predicarnos Padre, le dijeron, que cristianos somos por la gracia de Dios, y lo que pedimos es cosa justa.*

Entonces, variando de tono, les indicó que él mismo pasaría á hablar al Rey, toda vez que le dijeran lo que solicitaban.

Uno, al parecer clérigo, se ofreció á redactar la peticion, y aprobándolo todos, y sacando papel y tintero, escribió y leyó las peticiones siguientes:

«1.º Que se destierre de los dominios de España al marqués de Esquilache y su familia. 2.º Que no haya sino ministros españoles. 3.º Que se extinga la guardia walona. 4.º Que se bajen los comestibles. 5.º Que se suprima la junta de abastos. 6.º Que se retiren las tropas á sus respectivos cuarteles. 7.º Que se conserve el uso de la capa larga. 8.º Que S. M. se digne salir á la vista de todos para oír de su boca la palabra de cumplir y satisfacer las peticiones.»

Oídas que éstas fueron, y celebradas con algazara, partió con el papel el P. Cuenca á palacio, esperando todos impacientes el resultado de su mision.

A poco tiempo volvió el religioso con la noticia de que S. M. otorgaba cuanto pedían, á excepcion de presentarse al pueblo en el estado de agitacion en que se encontraban los ánimos.

Salieron, en efecto, tres alcaldes de corte con escribanos y alguaciles, é hicieron fijar carteles en que de orden del Rey se rebajaba dos cuartos en los artículos de pan, tocino, aceite y jabon.

Tivose la concesion por mezquina, se arrancaron los carteles á presencia de los mismos alcaldes, y la gente tumultuosa volvió en tropel á la plaza de palacio y con ella el P. Cuenca.

Como el Rey había optado ya por el sistema de complacer al pueblo, dejóle que llenara la plaza hasta cuajarla, salió á un balcon, y colocado á su lado el P. Cuenca con el papel de las peticiones en la mano, haciendo á la apiñada muchedumbre seña para que callase, el religioso leía y el Monarca iba otorgando en voz alta cada peticion, siendo tal la alegría que esto produjo en el pueblo allí reunido, que todos y cada uno la expresaban con las demostraciones más exageradas de alborozo que se puede discurrir; que tan extremada suele ser la plebe en sus alegrías como en sus furros.

Los hombres sensatos lo hubieran visto tambien con gusto á no considerar en esta escena rebajada y humillada la majestad. Victoriosos los tumultuados, celebraron aquella noche su triunfo de una manera singular.

Surtiéndose de las palmas de la procesion del domingo, con que era costumbre adornar los balcones, fuéronse con ellas tambien personalmente al convento de Santo Tomas, de donde sacaron una imágen de la Virgen, y con estandartes y faroles, en forma de rosario, y cantando, ó mejor dicho, desentonando á coro, diéronse á recorrer las calles, desfilaron por delante de palacio en ademan que podía interpretarse así de agradecimiento como de alarde de triunfo, y concluida la extraña ceremonia se retiraron á sus casas, no imaginando al parecer nadie, ni viendo motivo para temer que pudiera renovarse el motin con más furia.

Pero en la mañana del siguiente día (mártes 25 de marzo), el rumor de una novedad inesperada volvió á conmover y alterar el pueblo.

El rumor se convirtió pronto en convencimiento de ser verdad la noticia, y llegó á su colmo la irritacion popular.

En efecto, el Rey, mal inspirado, ó mal aconsejado, con mucho sigilo, á las altas horas de la noche, habíase fugado de la regia mansion por una puerta falsa con toda la familia real, inclusa la reina madre, á cuya silla de manos hubo que cortar los brazos para poderla sacar por entre los estrechos callejones, y con los duques de Medinaceli, Arcos y Losada, y los mayordomos mayores Montealegre y Béjar, no faltando en la prófuga comitiva el marqués de Esquilache.

En tres coches que fuera los esperaban tomaron el camino de Aranjuez.

Ni el pueblo en su sorpresa y en su disgusto pudo dejar de dar á esta fuga la interpretacion más siniestra y la intencion más hostil posible, ni los instigadores perdieron la ocasion de persuadirle que aquella ausencia de su soberano significaba y envolvía el propósito de hacer caer la real venganza de la manera más dura sobre los alborotados.

No se necesitaba más para que la alegría de la noche anterior se trocara en indignacion furiosa, y la poblacion tomó un aspecto pavoroso y terrible.

Su primer impulso fué marchar todos tumultuariamente á Aranjuez, ó á traer al Rey á la capital, ó á pedirle satisfaccion del desaire, y áun comenzaron á ponerlo en obra; mas estando ya fuera los directores de las turbas, calcularon sobre los inconvenientes de aquel viaje, y acordaron que sería mejor acordonar la corte é impedir toda comunicacion con el Real sitio, como así lo hicieron, obligando á retroceder á los mismos secretarios del despacho, á personas de la servidumbre, y á retirar hasta las camas que llevaban para las personas reales, no sin apoderarse de paso de un almacén de pólvora que había en el inmediato pueblo de Carabanchel.

Después de esto, á propuesta de los corifeos del motin, se encaminaron á la casa del obispo D. Diego de Rojas, gobernador del Consejo, que la tenía frente á las monjas de Santo Domingo, y á éste encomendaron, ó mejor diremos, intimaron que fuera á llevar su demanda al Rey.

El Prelado obedeció, tomó su coche y salió acompañado de la muchedumbre.

No anduvo mucho camino, porque al llegar al puente de Toledo ocurrió á los directores de aquella funcion la idea de que podría el Obispo quedarse allí y no volver, y así les pareció mejor que regresase á su casa, que extendiera y firmara un memorial á nombre del pueblo, en que se recapitularan todas sus quejas y agravios, que le pusiera en manos del Rey y volviera con la respuesta, y para mayor seguridad iria acompañándole alguno que pudiera dar testimonio de cómo ejecutaba su comision.

A todo se plegó el mitrado prudente.

Hizose el memorial y le firmó el Obispo, si es que no podemos sospechar que estuviera hecho de antemano, á juzgar por su extension y por sus conceptos, que ni uno ni otro podían ser obra de breves y agitados instantes.

«No ignora, señor, comenzaba, el cuerpo de alborotados matriquentes (así se nombraba), que han influido bastardos corazones al piadoso de V. M... El mayor escollo de los reyes es que no puedan saber por los ojos sino por los oídos... Los príncipes, dice un político, no saben más de lo que quieren sus lados... Entregó V. M. las riendas del Gobierno con tanto despotismo al marqués de Esquilache... que en seis años que las manejó dejó á V. M. sin dinero, sin tropas y sin armada, pues no cuenta V. M. en su real erario 600,000 reales, en toda su tropa 25,000 hombres, y en toda su armada 14 navios; ha puesto á V. M. en el infeliz estado de obedecer, no de mandar.»

Y después de proseguir culpando á Esquilache, así de la carestía como de todos los males de dentro y fuera de España, con no menor actitud que la demostrada en el párrafo anteriormente copiado, concluía tan curioso documento:

«Sería esta, señor, justa causa de irritarse los ánimos españoles? V. M. lo podrá juzgar.—En este concepto, señor, los humildes vasallos del alboroto hacemos á V. M. esta reverente exposicion, para que no ignore los motivos que les asistieron, suplicándole rendidamente se digne regresar á su obligada corte, etc., etc.»



J. SERRA IN.

Lit. VIDAL, Olinos, 27.

EL OBISPO DE CARTAGENA LEYENDO LA CONTESTACION DEL REY Á LOS AMOTINADOS.

Riera, editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO CXXX.

Cómo terminó el motin.—Destierro de Esquilache y de su familia.—Nombramientos acertados respecto á las personas que habían de sustituirle en sus diferentes cargos.—Restablécese la tranquilidad en Madrid.

INDUDABLEMENTE en las acusaciones que se le hacían al ministro las había injustas y exageradas, hijas de la exacerbación que habían producido sus medidas, como sucede siempre en casos semejantes.

Razon tenía, sin embargo, el pueblo en la mayor parte de los cargos que contra Esquilache formulaba; ya hemos manifestado lo que de pública voz se decía, y todos los historiadores están conformes en reconocerlo; pero como dice muy bien Lafuente: «¿cuándo en tales lances se han encerrado los hombres en los términos de la templanza y de la estricta justicia?»

El documento de que nos hicimos cargo en el capítulo anterior, con todas sus exageraciones, fué escuchado con extraordinario regocijo por la multitud cuando se dió lectura de él, prestándose voluntariamente á llevarle á Aranjuez, entregarle al Monarca y regresar con la contestación un hombre de ínfima clase, llamado, según una relación de aquellos sucesos, de quien lo toma Lafuente, Diego Avendaño, si bien otras relaciones impresas dicen que fué un calesero llamado Bernardo.

Partió en posta para la residencia real el comisionado, y mientras cumplía su cometido los amotinados pasaron aquella tarde y la noche siguiente en medio de la mayor alegría, bien en las tabernas y figones, donde comían á su satisfacción mientras que otros pagaban el gasto que ellos hacían, bien recorriendo las calles á los gritos de ¡viva España, muera Esquilache! recogiendo armas y municiones de los cuarteles; y como la casualidad hizo que llegasen aquel día á Madrid algunos carros de fusiles para la guarnición, apoderáronse de ellos los tumultuados, consiguiendo así armarse unos cinco mil hombres.

Dijimos ántes que el pueblo comía lo que otros pagaban, y efectivamente, nótese que, dueños de la población los amotinados, en general gente pobre y grosera, no insultaron ni robaron ni maltrataron á nadie, y que aun cuando comían y no pagaban en los establecimientos públicos, inmediatamente, despues que ellos habían salido, presentábanse otras personas, que, á pesar de que iban vestidos con humildes trajes, se comprendía que pertenecían á otra clase y que tenían otra educación, las cuales pagaban sin regatear el gasto hecho por aquéllos.

A las diez de la mañana del Miércoles Santo regresó el mensajero que había ido á Aranjuez, el cual se dirigió inmediatamente á la casa del obispo Rojas, en medio de la muchedumbre que ansiosa le rodeaba y le seguía.

Inmediatamente apresuróse el Prelado á convocar el Consejo, y acompañado tanto de él como del mensajero, dirigióse á la plaza Mayor, entrando en la casa Panadería.

Presentáronse inmediatamente en el balcón, y entónces, ante un escribano de cámara, entregó Avendaño el pliego al presidente del Consejo, quien le abrió y leyó en alta voz lo siguiente:

«Ilmo. Sr.:—El Rey ha oído la representación de V. S. I. con su acostumbrada clemencia, y asegura, bajo su real palabra, que cumplirá y hará ejecutar todo cuanto ofreció ayer por su piedad y amor al pueblo de Madrid, y lo mismo hubiera acordado desde este sitio, y cualquiera otra parte donde le hubieran llegado sus clamores; pero en correspondencia á la fidelidad y gratitud que á su soberana dignación debe el mismo pueblo por los beneficios y gracias con que le ha distinguido y el grande que acaba de dispensarle, espera S. M. la debida tranquilidad, quietud y sosiego, sin que por título ó pretexto alguno de quejas, gracias ni aclamaciones se junten en turbas ni formen reuniones; y mientras tanto no den pruebas permanentes de dicha tranquilidad, no cabe el recurso que hacen ahora de que S. M. se presente.»

Con extraordinarias aclamaciones de júbilo escuchó la multitud la lectura de este documento, é inmediatamente comenzó á retirarse, conviniendo en desistir de su empresa, devolviendo las armas á los cuarteles de donde las sacaron, quedando al poco tiempo la corte en completa calma y cual si nada hubiera sucedido.

Al día siguiente, Jueves Santo, pudieron ya los habitantes de Madrid consagrarse con entera tranquilidad á las religiosas ceremonias propias de aquellos días.

Como una consecuencia del triunfo alcanzado por el pueblo, tuvo lugar la separación del marqués de Esquilache de todos los cargos que desempeñaba, y no sólo esto, sino su salida del reino y la de toda su familia.

El 13 de abril salió de Cartagena, donde había sido enviado con toda su familia y una buena escolta para su seguridad, haciendo rumbo hacia Nápoles, desde donde se trasladó á Sicilia.

Desde este punto estuvo importunando al Monarca, hasta que por fin éste le nombró embajador en Venecia, cuyo cargo desempeñó hasta su fallecimiento ocurrido en 1785.

D. Miguel de Muzquiz, antiguo y entendido empleado en Hacienda, fué elegido por el Monarca para desempeñar este ministerio, así como igualmente el teniente general D. Gregorio de Munitani para el de la Guerra, siendo estos dos nombramientos perfectamente acogidos por la opinión, puesto que á entrambos les abonaban su experiencia, su probidad y sus conocimientos.

También fué relevado de la presidencia del Consejo de Castilla

el obispo de Cartagena D. Diego de Rojas y Contreras, ordenándosele que fué á regir su iglesia y nombrando para aquel elevado puesto al conde de Aranda, grande de España, capitán general de los reales ejércitos, condecorado con el Toison de Oro, al cual también se le dió la capitania general de Castilla la Nueva en 12 de abril de 1766.

Estos nombramientos acabaron de disipar todas las dudas, pues las personas en quienes recaían verdaderamente disfrutaban de las generales simpatías.

Y sin embargo, como dice un historiador, todavía circularon, por espacio de muchos días, rumores de que iba otra vez á alterarse el orden.

«Madrid no está tranquilo,» era frase que circulaba de boca en boca, y aun cuando realmente parecía que existían personas que andaban por bajo de mano manteniendo alarma y provocando desconfianzas, no se pudo conseguir que renacieran los pasados disturbios.

Y prueba de que esto existía y de que se trataba de provocar nuevos conflictos eran los pasquines, coplas y sátiras de mal gusto y de peor intención que aparecían á cada momento, y que obligaron finalmente al Gobierno á tomar algunas disposiciones.

En 14 de abril publicóse un bando prohibiendo todas aquellas manifestaciones bajo las penas más severas.

Pero inmediatamente los descontentos pusieron otro que titulaban *contrabando*, y el cual decía así:

«A todos los habitantes de Madrid:

«Nós, sus tribunales, por la gracia de su plebe: En vista de lo respondido por el nuestro fiscal en tribunal pleno, juntas las cámaras de Lavapiés, Barquillo, Maravillas y Rastro: Mandamos la inobservancia del Bando publicado el día de ayer sobre prohibición de papeles relativos á los motivos y resultados de nuestro pasado movimiento, por ser intempestivo, contrario á las leyes é indecoroso á nuestras personas y á la sagrada del soberano, como en su respuesta manifiesta el fiscal y ve el público. Madrid, etc. (1).»

«Aunque tales excitaciones no bastaron á subvertir otra vez materialmente el orden público, dice un escritor, fué necesario usar de gran rigor contra los que parecían dispuestos á renovar el motin. Díjose que había proyectos de atentar á la vida del Monarca, y por expresiones y amenazas de esta especie que vertió un caballero murciano, llamado D. Juan Antonio Salazar, hizosele expiar su imprudencia ó su locura en un patíbulo, y se le cortó la lengua en la plaza Mayor. Súpose también que el abate Gándara, muy querido del Rey, y á quien acompañaba mucho y trataba con cierta familiaridad, sugerido, decían, por los Padres de la Compañía de Jesus, seguía una correspondencia sospechosa en aquel mismo sentido, de cuyas resultas se le mandó prender y se le llevó al castillo de Pamplona. Presúmese que varios otros fueron castigados secretamente en las cárceles, pues se iba echando de ménos á algunos de los que más se habían distinguido en el motin, sin que se pudiera averiguar su paradero.

«Habíase ya susurrado bastante aquellos días que una gran parte del dinero con que se sufragaron los gastos de los sediciosos procedía de mano y de persona no vulgar, y la sospecha pública de este hecho recaía sobre el marqués de la Ensenada, «ministro,» dice un contemporáneo, con quien la rueda de la fortuna hizo toda suerte de habilidades,» y que no contento con haber sido sacado del destierro, y conservar su Toison de Oro y el sueldo y honores de consejero de Estado, figurando en alta posición sin el cargo y las atenciones del Gobierno, no disfrazaba bastante la ambición que le tentaba de volver á obtener una secretaría, y acaso la esperaba en alguna de las dos que de resultados del motin había de dejar vacantes el de Esquilache. Aunque cubierto todavía este asunto con cierto misterio, que el tiempo no ha llegado á declarar, el rumor adquirió más validez cuando se supo haber llegado orden del Rey (18 de abril, 1766) desterrando al marqués de la Ensenada á la villa de Medina del Campo, donde más adelante acabó sus días.»

Por más que no exista, como dice el escritor cuyas son las líneas que anteceden, una prueba evidente de la culpabilidad del marqués de la Ensenada en los pasados sucesos, la verdad es que en las relaciones de aquel alboroto, se hallan algunas especies que demuestran, cuando ménos, que no obró en semejantes circunstancias con la prudencia bastante para desvanecer cualquier sospecha que respecto á él hubiera nacido.

El motin de Madrid había concluído realmente, como dejamos expuesto, pero la verdad es que el desasosiego general no había terminado, y que en todos los espíritus reinaba cierta intranquilidad, que había de pasar algún tiempo todavía ántes que se desvaneciese.

En provincias, según veremos en otro lugar, también hubo algunos movimientos, y esto era indicio de que el malestar y el disgusto eran generales, y que habían ido echando raíces bastante profundas.

(1) Este documento está en el tomo de *Varios* de la Real Academia de la Historia. E. 87. MS. pag. 5.^a



J. SERRA, JP.

L. VIDAL, OLMO, PT.

EXHORTACIONES DEL ARZOBISPO DE ZARAGOZA Á LOS SUBLEVADOS

Riera, editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.